

(Texto para traducción simultánea)

(castellano para Sudamérica)

Congreso Internacional Teológico-Pastoral
LOS HIJOS, PRIMAVERA DE LA FAMILIA Y DE LA SOCIEDAD
LA EVANGELIZACIÓN DE LOS HIJOS

Roma, 12 de octubre de 2000

Discurso de Chiara

Cardenal Martínez Somalo: Ahora vamos a escuchar, como figura en el programa, a estas 3 personas amigas, estimadas que tienen una trayectoria de defensa de aquellos valores fundamentales que encuentran su raíz en la cristiandad de una familia; en el focolar: Chiara Lubich; en el Bautismo y en la Eucaristía: el camino Neocatecumenal; en el espíritu, en el que todos los días tenemos que ser renovados. Doy la palabra a la señorita Chiara Lubich. (Aplausos)

Chiara: Autoridades eclesiásticas, autoridades civiles, señoras y señores: El tema propuesto para este momento de nuestro Congreso: La evangelización de los hijos, es muy importante para nuestros hijos, para las familias, para la comunidad eclesial y para la misma sociedad civil. De hecho, lograr transmitir los valores del Evangelio a las nuevas generaciones significa realizar una convivencia más solidaria y de elevado carácter ético hoy y, sobre todo, poner las bases para que continúe en el futuro.

Existen varios modos de transmitir el Evangelio.

Yo me limito a hablar de lo que conozco, es decir, de la experiencia de educación evangélica de los niños del Movimiento de los Focolares que tengo el honor de presidir.

Los Evangelios nos revelan el amor de Jesús por los niños.

Dice el Evangelio de san Marco: “Le trajeron algunos niños para que los tocara, pero los discípulos los reprendieron” (*Mc* 10, 13-16). Y el evangelista Mateo: “Los sumos sacerdotes y los escribas, viendo... a los niños que gritaban en el Templo: ¡Hosanna al Hijo de David!, se indignaron y le dijeron ¿Oyes lo que dicen estos?” (*Mt* 21, 14-16).

Ante la impaciencia de los discípulos como al desprecio de los sumos sacerdotes, Jesús asume otra actitud. De hecho, existe una completa divergencia entre su manera de considerar a personas y acontecimientos y el de ellos. Para Jesús el “niño” es incluso el modelo de discípulo que tiene en la mente. De hecho dice: “Si no cambian y no llegan a ser como niños, nunca entrarán en el Reino de los Cielos” (*Mt* 18, 3).

Y los niños rápidamente le recambian el amor de Jesús. Ellos están fascinados por Él. La presencia de los niños es constante en su vida pública, y precisamente porque los ama y es amado por ellos, se convierte en su amigo y en su verdadero “maestro”. Y esto no era cierto sólo dos mil años atrás por las calles de Palestina, sino que continúa y continuará a ser cierto para todos los niños del mundo en todos los tiempos.

Una mamá, recientemente, me ha escrito diciendo que su niña de cinco años, se debatía entre participar a un encuentro de formación sobre el Evangelio y el hecho que este encuentro (de cuatro días) se realizaría lejos de casa, lejos de Bari, su ciudad. Tendría que dormir, por primera vez, fuera de casa, sin la mamá y el papá. “Un día –dice esta mamá- Angela –la niña- llega a casa decidida. Había escuchado que los niños viven el Evangelio. ‘Yo quiero hacer como ellos’. Dame la valija –me dijo- pondré las zapatillas sin cordones y los vestidos que no tienen botones, porque tú mamá no estarás allí para vestirme...”. Son experiencias que pueden hacer sonreír, pero a esa madre se le hizo un nudo en la garganta, “porque –me escribe- sentí que Jesús le había robado el corazón”.

De la ‘educación’, entendida como “itinerario hacia un deber ser” religioso, moral, de conducta, cultural y social de los hijos, se ocupan diferentes agentes, que a menudo actúan en sinergia entre sí. Estos son, en primer lugar, los padres y la familia; después el Jardín de infancia, la escuela elemental, la comunidad eclesial con sus ámbitos y especialistas en formación, los grupos de agregación espontánea, los medios de comunicación social.

Pero, me gustaría limitar nuestra reflexión a la familia.

Padres y familias, ¿cómo pueden desempeñar de la mejor manera posible su misión de educadores?

Antes que nada poniendo en acción los recursos pedagógicos propios que derivan del sólo hecho de ser padres; recursos potenciados por la experiencia personal y por el eventual patrimonio cultural, ofrecido por el contexto social en que viven. Se trata del primer e insustituible instrumento educativo, que todos los padres poseen por naturaleza.

Pero existe también una perspectiva más amplia y más elevada. Los padres cristianos creen que sus hijos entran en la dimensión existencial como un “proyecto de inmortalidad”. El proyecto de Dios para el hombre es una vida que empieza en una situación de debilidad e indefensa, crece y se afirma en la interacción con las criaturas y la creación, supera la muerte y entra en la perenne novedad de la condición divina, para llegar a ser y vivir como “hijo de Dios”¹. Se trata de la aventura humana de Cristo el cual, para vivir esa aventura, tuvo que ser “recibido y ayudado en su crecimiento”² por una sencilla y pobre familia, como dijo Juan Pablo II; esa familia

¹ Cf. L. Macario, *L'educazione religiosa*, en N. Galli, *Vogliamo educare i nostri figli*, Vita e Pensiero, Milán 1985, p. 272.

² Juan Pablo II, *Angelus* 26-12-1999, en *L'Osservatore Romano*, 27-28 diciembre 1999, p. 9.

podía ser “sencilla y pobre”, pero ciertamente poseía aquellos recursos espirituales y humanos adecuados para la formación de aquel Hombre.

Y cada familia debe creer en el amor de Dios, el cual junto al don de la vida, prepara para cada hijo suyo el ambiente donde crecer y el camino a recorrer.

Pero, ¿cuál es el camino? Nosotros lo conocemos: “Yo soy el camino –dijo Jesús-. Nadie va al Padre, sino por mí” (*Jn 14, 6*).

Educar a un hijo significa, en último análisis, hacer que se encuentre con Jesús.

La frase “dejen que los niños se acerquen a mí” (*Mc 10, 14*) es una sublime síntesis del método educativo evangélico para una formación no sólo religiosa, sino integralmente humana.

¿Acaso hace dos mil años encontrar a Jesús era más fácil? No sé... La historia de la salvación camina y Cristo sigue estando con nosotros, como había prometido. Y los *varios modos de estar presente como prometió*, son los puntos de contacto entre la familia y Él.

Me gustaría examinar brevemente dos de esos modos, muy en sintonía con el núcleo familiar.

Un primer modo de estar presente es aquella famosa y explícita declaración: “Donde hay dos o tres reunidos en mi nombre, yo estoy presente en medio de ellos” (*Mt 18, 20*). Por lo tanto, Jesús está presente donde estamos unidos. Según muchos Padres de la Iglesia y la tradicional interpretación del magisterio, eso significa estar unidos en Él, en su voluntad, en la práctica, en el amor recíproco, que es su mandamiento³.

Pues bien, ¿una familia o dos esposos pueden establecer esa condición con la cual, según Orígenes, Cristo es “atraído y desafiado”⁴ a estar presente entre sus miembros?

Todos comprobamos que la familia ya es una red de amor, de amor humano que une al padre con la madre; a ellos con los hijos; los hijos con los padres; los hijos entre ellos y también con los tíos y abuelos; los tíos con los sobrinos y los abuelos con los nietos. Si la familia aprovecha del amor divino que la vida cristiana le ofrece, de aquel amor divino que fue derramado en sus corazones por el Espíritu Santo, entonces Cristo realmente podrá establecerse en esa familia, potenciando también la gracia del sacramento del matrimonio.

Los padres que se aman así llevan a Jesús a casa.

¿Cómo es este amor humano-divino, el amor evangélico? Prácticamente, ¿cómo se ama según Jesús?

Aquí es realmente necesario centrar nuestra atención para comprender aquella que, de alguna manera, puede llamarse *el arte de amar* de Cristo. Es exigente.

Es un amor que *ama a todos*.

Es un amor que *es el primero en amar*.

³ Cf. C. Lubich, *Escritos Espirituales/3*, ed. Ciudad Nueva Madrid 1998, p. 171 y sig.

⁴ *Commento al Cantico*, 41, p. 13 94 B.

Es un amor que *ama siempre*, que nunca acaba.

Es un amor que entra en la realidad del otro, que sabe *hacerse uno* con el otro.

En fin, es un amor que *en el otro, en cualquiera, ve y ama a Jesús*, según sus palabras...

“A mí me lo hiciste” (Mt 25, 40).

Si en una familia los esposos se aman y aman de ese modo, volviendo a empezar siempre, sabiendo morir a sí mismos por amor al otro, ese amor recíproco, que hace presente al Maestro en casa, atraerá a los hijos.

De hecho, forma parte del orden natural de las cosas que los hijos tiendan a imitar el comportamiento de los padres.

Si es así, tomando en consideración solamente el aspecto humano de la familia, ¿qué sucedería si a esto se añadiera la gracia del sacramento y la presencia mística de Jesús entre ellos?

Yo tengo la suerte de recibir cartas de muchos niños, porque la parte juvenil de nuestro Movimiento comprende también a los niños pequeños; y puedo comprobar la acción educadora espontánea, digamos, de una familia que trata de vivir el amor evangélico.

“Ayer papá me pidió que fuera al sótano a buscar vino –me escribe Betty, de seis años, de Milán-. Bajando las escaleras, estaba oscuro, tuve miedo. Después le recé a Jesús y sentí que Él estaba cerca de mí. A veces hablo con Jesús. El otro día estaba en mi cuarto haciendo las tareas y empecé a hablar con Él; le dije muchas cosas y no hubiera querido dejar de hablar con Él. ¿Sabes?, cuando hago un acto de amor, siento algo hermoso dentro, como si alguien me felicitara y me dijera gracias. Pienso que ese alguien es Jesús”.

Una mamá francesa me escribió: “Antes de mandarlos a la cama, rezo de rodillas sobre la alfombra con las dos mayores. Ayer Ruth me hizo notar que David, el menor, seguía jugando. ‘Déjalo’, le dije, ‘ese es su modo de rezar’. Así nos recogimos y rezamos las oraciones de la noche. Cuando abrimos de nuevo los ojos, David estaba a mi lado con sus manos juntas. ‘¿Has visto, mamá? –me dijo Cathrine- si nosotros amamos, Jesús le enseña”.

Otra presencia de Jesús, significativa para el tema que estamos abordando, es aquella presencia en su Palabra.

Con relación a nuestra experiencia espiritual, podemos decir, y es lo que repetimos, que “nacimos con el Evangelio en las manos” y seguimos así. Elegimos una frase para poner en práctica durante el mes en nuestra vida de cada día. Así nuestra existencia es “evangelizada” e inmersa en Dios, presente *totalmente* en cada fragmento de su Palabra.

Con esa simple técnica pedagógica de la gradación y de la plenitud, Dios nos ha llevado a hacer una experiencia espiritual y educativa fuerte y en constante expansión. Es una experiencia que abraza también a nuestras familias y las familias de las comunidades que se congregan alrededor de los Focolares y que comparten nuestra misma aventura espiritual.

Y en estas familias, como para los hijos pequeños se parte en pequeños trozos el pan cotidiano, también es necesario *explicar por partes el Evangelio*. ¿De qué modo? Exactamente como nosotros, los adultos, hacemos. Elegimos, cada mes –como he dicho–, una frase con sentido completo, con un comentario aprobado por la Iglesia, comprensible a todos, y tratamos de vivirla en las pequeñas o grandes ocasiones del día, casi compitiendo con los hijos en un santo y alegre espíritu de competición. Así si el papá y la mamá a la noche cuentan cómo lograron vivir como cristianos los acontecimientos del día, será espontáneo para los hijos hacer lo mismo, contando sus experiencias. Son momentos en que *responsabilidad y reciprocidad* tejen de un modo admirable la relación familiar”⁵.

En los niños, que crecen en familias así, la formación diaria con una mentalidad según el Evangelio es espontánea, eso los llevará a considerar a las personas y a las situaciones como Jesús, con su modo de pensar. Aprenderán a ver en la humanidad la gran familia de los hijos de Dios, y a usar las cosas de este mundo con un espíritu puro y solidario, contando con una recta jerarquía de valores que los guiará siempre en la vida.

Es cierto, llegarán también las pruebas para los hijos y los periodos de crisis y de búsqueda; sobre todo en la adolescencia y en el comienzo de la juventud; conoceremos su rebeldía y protesta; pero ninguna de sus actitudes, por grave que sea, tendrá que paralizar o apagar nuestra caridad para con ellos. El arte de amar, que Jesús nos enseñó, nos indicará cómo “hacernos uno” hasta el final, en las distintas etapas de su crecimiento; pondrá en nuestros labios las palabras apropiadas de corrección, nos mantendrá siempre abiertos al diálogo y a compartir sus intereses. Sabremos “perder tiempo” con los hijos. Sabremos crear amistad con ellos y ser sus confidentes. Pero, si la rebeldía persiste, mantendremos siempre la puerta de casa abierta y reconoceremos en nuestro dolor el dolor de Cristo crucificado, que también vivió el abandono de parte de todos, incluso del Padre. La aceptaremos, como hizo Jesús, permaneciendo serenos.

Pero creemos (y muchas experiencias nos confirman esto) que todos los valores depositados en ellos, permanecerán grabados para siempre, porque en el momento más importante de la sus vidas, cuando se ponen las bases de la personalidad y del carácter tuvieron la gran suerte de encontrar a Jesús, presente entre los padres, presente con su Palabra en sus vidas.

Es realmente cierto que los niños saben vivir, mejor que nosotros, con generosidad y totalitariedad, la Palabra de Dios.

El año pasado tuve la idea de proponerles un juego: escribir en las caras de un dado las reglas del *arte de amar*, del que acabo de hablar, invitándolos a lanzarlo por la mañana, cuando se levantan, para elegir un modo de amar a los que encontrarán durante el día. Fue increíble la respuesta entusiasmada y los ecos que recibí de todas partes del mundo.

⁵ Cf. G. Milan, *Disagio adolescenziale e strategie educative*, Cleup Padua 1999, p. 56 y sig.

Un papá de Génova me escribió: “Estaba lavando los platos, cuando Lucas entró en la cocina. Tomó un repasador y se puso a secar. “Ten cuidado de no hacerlos caer”, le dije, medio asombrado de su generosidad. Y él, satisfecho: ‘Cuando mamá vuelva, encontrará todo limpio. ¿Sabes, papá?, cuando llegaré al Paraíso Jesús me dirá: aquella vez que ayudaste a papá, me lo hiciste a mí”. (Aplausos)

Irene, Ilaria y Laura, tres hermanitas de Florencia, estaban yendo con su mamá a hacer las compras en coche. Pasan frente a la casa del abuelo y preguntan si pueden bajar para darle un abrazo. La mamá dice: “Vayan ustedes. Yo espero en el coche”. Al regreso preguntan: “¿Por qué no has venido?”. Y ella: “El abuelo no se ha comportado bien conmigo; así entiende...”. Ilaria interrumpe: “¡Pero mamá, estamos viviendo la Palabra: amar a todos, también a los enemigos! La madre se quedó sin palabras. Las miró y sonrió: Tienen razón. Espérenme aquí”. Y fue a saludar al abuelo. (Aplausos)

Y ahora para concluir, puede resultar del agrado de ustedes que lea todavía un par de episodios de estos niños educados a la luz del Evangelio. Son episodios significativos que a veces hacen sonreír.

Conocemos a muchas personas que necesitan ayuda material y los ayudamos de una manera especial y los niños contribuyen. Así me escribe Marco: “Querida Chiara, soy Marco, de Cosenza. Mamá y papá me han dicho que has sacado cuentas extraordinarias (se refería a la cantidad de personas que podíamos ayudar) y he comprendido cuál es la situación, por eso te mando (y explica algo que se usa en Italia: los padres dicen al niño: cuando pierdes un diente, porque están en esa edad, pon el diente en un agujero, verás que de noche vendrá un ratoncito y te traerá dinero. Naturalmente son los padres que dejan el dinero). Marco cree en esto y me dice: “Querida Chiara, soy Marco, de Cosenza. Mamá y papá me han dicho que has sacado cuentas extraordinarias para nuestros pobres y he comprendido cuál es la situación, por eso te mando el dinero que el “ratoncito” me dejó por el diente que se me cayó. ¿Sabes, Chiara?, yo también saqué algunas cuentas: se me tienen que caer 11 dientes todavía. Chiara, estoy seguro que lo lograremos, y ya no tendremos pobres en el mundo”. (Aplausos)

Y la última: Kanna es una niña de Nagasaki, en Japón. Va al jardín de infantes. Muchos de sus compañeros son de otras religiones, incluso la maestra no es cristiana. Al final del año, la maestra se despide de cada una de las niñas del jardín. Cuando llega a Kanna, dice: “Te doy las gracias porque nos has hecho conocer a Jesús. Cuando nos hablabas de él, se sentía que estaba muy cerca de ti. Nos has enseñado las oraciones que has aprendido en tu casa. Son hermosas. Esta mañana te he visto cuando le regalabas a una compañera el premio que habías recibido. ¡Me conmovió! Yo estoy por casarme, pero antes quiero recibir el bautismo y me estoy preparando porque también yo quiero creer en Jesús”.

Pidamos a María, que educó al Maestro, que nos transmita algo de su maternal pedagogía. Gracias a todos por su atención. (Aplausos)

Cardenal Martínez Somalo: Gracias señora Chiara Lubich por su discurso profundamente evangélico y vivaz con muchos episodios y experiencias vividas en la familia. Me parecía que evocaban las palabras cargadas de significado para la evangelización de los hijos del documento Familiaris Consortio: un trabajo, un compromiso del marido, de la esposa que promueva en la unidad, en la estabilidad de la familia, un testimonio evangélico cristalizado en la vida cristiana con aquel “explicar por partes el Evangelio” hasta llegar a que los mismos hijos, muchas veces, cuando han asimilado en su candor “dejen que los niños vengan a mí”, sean evangelizadores de los padres.